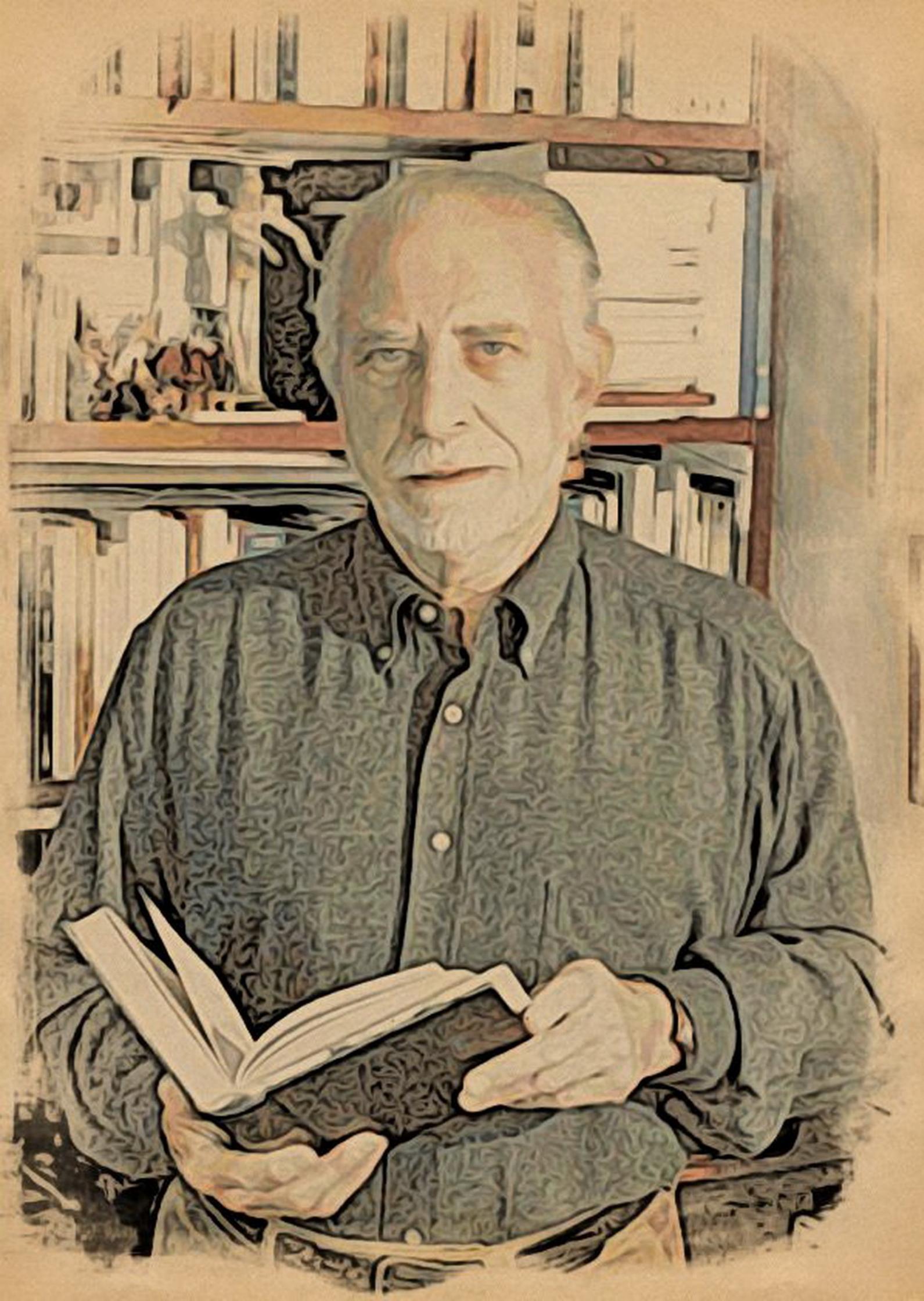




**Ninguna luz tan densa**

**Un homenaje a José María Merino**

**IES Legio VII - Junio de 2016**





# Ninguna luz tan densa

PUBLICACIÓN DEL IES LEGIO VII

## Consejo Editorial

- Carmen Díez Blanco
- Clara Fdez. Berjón
- Nerea Lombra
- Ricardo Macho
- Begoña Mateos

## COLABORAN EN ESTE HOMENAJE:

- Luis Miguel Alonso
- Marina Ballesteros
- Belén Cosgaya
- Elena Delgado
- Nicolás Díez
- Celia García
- Pablo García
- María González
- Paula Lorenzo
- Sofía Llamera
- Ricardo Macho
- Begoña Mateos
- Elena Revuelta
- Andrea Villafañe
- Cristina Viñuela

## COORDINA:

DEPARTAMENTO DE LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA DEL IES LEGIO VII.

## Faro Merino

“Ninguna luz tan densa” es un certero verso del poemario *Cumpleaños lejos de casa*, de José María Merino. El autor, que además de poeta es escritor, ensayista y académico de la RAE, estuvo en nuestro centro el pasado 8 de abril, en el marco de estos encuentros literarios que venimos manteniendo con destacadas figuras de nuestras letras.

A la hora anunciada, acompañado de su mujer Carmen Norberto, José María franqueó la puerta del IES Legio VII y lo acompañamos al Salón de usos múltiples, pues en breve daría comienzo el Encuentro con los alumnos de 2º de Bachillera-

to. Precedido de unas palabras de gratitud por parte de Director del Centro y de otras de presentación a cargo del profesor Luis Miguel, José María Merino expuso con voz cálida y sosegada una lúcida y rigurosa teoría sobre el hecho literario y los rasgos principales de su creación narrativa, ilustrándolos con la lectura de alguno de sus microrrelatos, como el que lleva por título “Después del accidente”.

El acto se completó con la participación de los alumnos, que formularon preguntas al autor e interpretaron piezas musicales. Finalizado el encuentro y tras la consiguiente firma de libros, Merino se

dirigió a la Biblioteca, donde las alumnas María González y Cristina Viñuela le esperaban para la filmación de una entrevista que el profesor Alberto Taibo llevó a cabo con su eficiencia habitual. José María Merino respondió de modo concienzudo y cordial, evidenciando una dilatada experiencia. Faro Merino. Intensa y constante luz en las procelosas e inestables aguas de la literatura.

### Encuentro literario con José María Merino



Escritor, ensayista, poeta y académico de la Real Academia Española

8 DE ABRIL DE 2016 - 12:45 HORAS  
IES LEGIO VII - SALÓN DE USOS MÚLTIPLES



## Semblanza de José María Merino

José María Merino pertenece a ese grupo de destacados narradores leoneses que campa desde hace años por las letras hispanas con éxito de crítica y público. Una nómina que incluye, entre otros, a Luis Mateo Díez, Juan Pedro Aparicio, Julio Llamazares, Antonio Pereira, Jesús Torbado o Andrés Trapiello. Nacido en La Coruña el 5 de marzo de 1941, pasó su infancia y juventud en León, donde su padre abrió bufete de abogado y gestoría.

Esta etapa de su vida (años 40 y 50) la recuerda en su libro de memorias *Intramuros* (1998). Vive desde hace años en Madrid. Autor completo y de obra madura, es un escritor poliédrico que cultiva inicialmente la poesía y luego la novela, el cuento, la narrativa infantil y juvenil, el ensayo, el artículo, el libro de viajes, la obra en colaboración con otros escritores...

Estudió Derecho en la Complutense, pero no le entusiasmaba la abogacía y buscó caminos más próximos a la escritura. Se hizo funcionario del Ministerio de Educación, colaboró con la UNESCO en temas latinoamericanos y fue director del Centro de Letras del Ministerio de Cultura. Desde 1996 se dedica en exclusiva a su obra literaria.

Está casado con Carmen Norberto, catedrática de Economía de la Empresa de la Universidad Complutense, y es padre de dos hijas, María y Ana, que son también profesoras universitarias y amantes de la buena literatura.

Elegido académico de la RAE, tomó posesión el 19 de abril de 2009 con el discurso titulado *Ficción de verdad* y ocupa desde entonces el sillón *m* minúscula.

Es patrono de la Fundación Alexander Pushkin y patrono de honor de la Fundación de la Lengua Española, embajador de Hans Christian Andersen (Ministerio de Cultura de Dinamarca) y fue presidente honorífico de la Fundación del Libro Infantil y Juvenil. En 2009 fue nombrado hijo adoptivo de León, en 2010, Leonés del año y, en 2014, *doctor honoris causa* por la Universidad de León.

En julio de 2015, fue nombrado Correspondiente de la *Academia Norteamericana de la Lengua Española* (ANLE) y recibió el Medallón de Honor de la Asociación de Licenciados y Doctores Españoles en Estados Unidos.

Su obra literaria, inicialmente dedicada a la poesía, se extendió a otros géneros, entre ellos, la novela, la literatura juvenil, el cuento, el artículo y el ensayo. Entre sus obras poéticas pueden destacarse *Sitio de Tarifa* y *Cumpleaños lejos de casa*. Sus viajes por Latinoamérica le proporcionaron una fuente inagotable de fascinación, ya que los personajes de sus lecturas infantiles cobraron vida.

Ello cristalizó en la trilogía formada por *El oro de los sueños*, *La tierra del tiempo perdido* y *Las lágrimas del sol*, obras en las que, con la estructura de la novela histórica y muy documentadas, se cuentan los avatares de Miguel Villacé, un adolescente mestizo, hijo de un compañero de Hernán Cortés y de una mexicana.



La obra en prosa le ha merecido a José María Merino, entre otros, el Premio *Novelas y Cuentos* por *Novela de Andrés Choz* (1976), el Premio de la Crítica por *La orilla oscura* (1985), el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil por *No soy un libro* (1993), el Premio Miguel Delibes por *Las visiones de Lucrecia* (1996), el Premio NH al mejor libro de relatos por *Días imaginarios* (2002), el Premio Ramón Gómez de la Serna por *El heredero* (2003), el Premio Torrente Ballester por *El lugar sin culpa* (2006), el Premio Salambó por la antología de microrrelatos *La glorieta de los fugitivos* (2007), el Premio Castilla y León de las Letras por el conjunto de su obra (2008) y el premio periodístico de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez en 2009. Su novela más reciente, *El río del edén* (2012), ha recibido el Premio Nacional de Narrativa 2013 y el Premio de la Crítica de Castilla y León del mismo año.

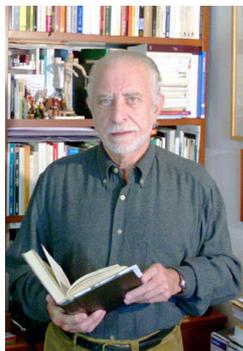
Le caracteriza una prosa brillante, una condición de fabulador inagotable y una desbordante imaginación. Su estilo claro y equilibrado, de corte simbolista, nos recuerda a Stevenson, Hoffman, Faulkner y Kafka, y supone una vuelta al realismo, lejos de la experimentación del 68. Su amor por la fantasía lo aprendió de Poe y de Borges, de Wells y de Cortázar. Merino quiere entretener sin renunciar a la calidad. Sin grandes innovaciones formales, sus obras son frescas, atractivas, próximas al lector.

Es un gran defensor del cuento, género minoritario que, según dice, no ha tenido fortuna en España, frente a la novela que, aun siendo mediocre, encuentra allanado el camino. Entre sus cuentistas favoritos, cita a *Clarín* y a los rusos (Chejov, Puskhin, Turgueniev...). Es difícil —afirma— escribir un cuento: hay que tener una buena historia y concentrar al máximo la expresión. La novela, más jugosa para el lector común, se alarga en la intriga y se caracteriza por la densidad. El cuento, en cambio, se define por la brevedad y la concisión.

Sus temas preferidos son: el mito, el sueño, la metaficción, la añoranza del mundo infantil, el regreso, la memoria, el realismo mágico, el desdoblamiento del yo y la búsqueda de la identidad... Es frecuente en sus relatos la interacción entre paisaje y argumento: el espacio como símbolo de lo extraordinario, a priori de lo fantástico o premonición de lo sobrenatural.

La literatura sigue siendo un estupendo viaje para la imaginación. Y no hace falta que todos sean lectores, basta con que algunos lo sean y los demás respeten ese valor. La enseñanza puede ayudar a la difusión de la lectura y para ello lo fundamental, asegura, "es el profesorado", enamorado de la literatura y capaz de transmitir esa pasión a sus alumnos.

Son muchos hoy los escritores que, de un modo o de otro, se consideran o se sienten deudores de Merino. Y las deudas hay que pagarlas.



## Entrevista con José María Merino



María González y Cristina Viñuela

**Entrevistadora:** ¿De qué manera ha influido la ciudad o la provincia de León en sus obras literarias? ¿De qué manera está presente: es mero decorado o significa algo más?

**J.M.Merino:** Yo creo que es un paisaje sentimental profundo, sobre todo de la infancia, de la niñez, y cuando escribí mi primer libro de cuentos, *Cuentos del Reino Secreto*, quise que el escenario leonés estuviese ahí, porque ahí yo me recordaba desde la ficción, pues muchos cuentos o relatos responden a experiencias o historias que había vivido aquí en León; es decir, que no es una cosa adjetiva, es algo profundo. Ahora, por ejemplo, hay novelas que podía haber localizado en León y que no he localizado en León porque he encontrado que el escenario, ése sí, era más apropiado o no tenía una importancia sentimental tan fuerte para mí como el escenario leonés.

**Entrevistadora:** Al inicio de su carrera literaria escribía poesía y más adelante se pasó al género narrativo. ¿Con qué género se encuentra más cómodo a la hora de escribir?

**J.M.Merino:** Lo que sucedió es que me di cuenta de que mi poesía era muy narrativa, es decir, que yo escribía unos poemas más épicos que líricos, si se puede decir esto, y me encontré muy cómodo con la poesía. Pero un día la poesía me abandonó, se fue, se marchó con otros y con otras, y ahora me encuentro cómodo... depende. La novela, por ejemplo, es un amor a larga distancia, largo plazo, intenso, supone una dedicación prolongada... y el cuento es una aventura deliciosa porque es breve. El minicuento también es una sorpresa. De pronto se te ocurre el minicuento. Yo me encuentro cómodo con todos los géneros, no hay uno que prefiera.

**Entrevistadora:** La mayoría de los escritores sienten un afecto especial o predilección por alguna de sus obras. ¿Cuál sería el libro del que se siente más satisfecho o por el que siente ese cariño especial?

**J.M.Merino:** Me gusta mucho recordar los *Cuentos del Reino Secreto* porque fue mi primer libro de cuentos y porque están ahí recogidas muchas cosas profundamente sentimentales para mí. Hay una

novela a la que no le fue nada bien. Se titula *La Sima* y también transcurre en la montaña leonesa y que, como no le fue bien, le tengo un cariño especial. O sea que a veces prefieres un libro u otro, no sabes muy bien por qué razones. Pero no tengo tampoco una preferencia muy exclusiva por un libro u otro, porque yo le dedico el mismo esfuerzo a todos los libros, y, por lo tanto, unos saldrán mejor y otros peor, pero el esfuerzo ha sido aproximadamente el mismo.

**Entrevistadora:** Las personas solemos tener algún hábito o manía a la hora de desenvolvernos en cualquier situación. En su caso ¿tiene algún hábito o manía a la hora de escribir? (Por ejemplo, ¿escribe de día o de noche, a mano o a ordenador?; ¿necesita algún estímulo especial para ponerse a escribir...?)

**J.M.Merino:** Yo, si estoy metido en un libro, escribo todo el día y se puede decir que por la noche estoy pensando en el libro. Y estoy haciendo cosas y la mitad de mi cerebro está dedicada al libro. Manías o hábitos... Al principio decía "me tengo que tomar un whisky", hasta que me di cuenta de que si seguía tomando whisky ya no podía escribir. "Tengo que fumar... ¡cómo voy a poder escribir sin fumar!", y, bueno, ya llevo muchos años escribiendo sin fumar. No tengo manías, lo que sí necesito es tranquilidad, papeles, todos demasiado revueltos, e ideas. Y tiempo. Eso es lo que yo necesito.

**Entrevistadora:** Después de la publicación de una obra sus lectores manifiestan su opinión. ¿Qué piensa de las críticas que ha recibido por sus obras y en qué medida las tiene en cuenta?

**J.M.Merino:** Pues la verdad es que no me afectan demasiado. A los escritores nos llega sobre todo la voz del lector a través del crítico. Hombre, si te hacen una mala crítica siempre te disgusta; si te hacen una buena crítica, pues siempre te halaga. Pero no te condiciona en lo creativo; es decir, yo no cambio mi modo de escribir porque pueda gustar hacerlo de una manera o de otra. Y luego las voces lectoras, pues qué sé yo... Por ejemplo, yo escribí un cuento que transcurre en un supuesto futuro donde me río un poco del mundo informático y en montones de redes sociales me han atacado de una manera terrible, y digo, he acertado (se ríe y nosotras también).

**Entrevistadora:** ¿Podría decirnos cuánto de usted hay en los personajes de sus obras?

**J.M.Merino:** Eso no lo puedes calcular. Creo que es como cuando dicen "una novela, ¿es femenina o es masculina?". Es imposible saber si una buena novela es de una mujer o de un hombre. Incluso a veces te pueden asegurar que es de una mujer y más tarde se sabe que no es así: "pues no señor, esto no fue Jane Austen quien lo escribió, sino un hombre". Yo creo que el escritor, en cierto modo, se apropia de psicologías, de comportamientos ajenos y la gracia es que los incorpores a tu bagaje. Por eso te digo que pones cosas tuyas y etcétera. Pero eso no quiere decir que sea decisivo para lo que escribes. Hay experiencias, conocimientos, gente que te ha llamado la atención, gente que has leído... A lo mejor estás escribiendo sobre un personaje que te llamó la atención en un libro. No se puede saber a ciencia cierta qué hay de uno mismo en los personajes de los relatos que uno escribe.

**Entrevistadora:** ¿De qué premio diría usted que está más orgulloso? ¿Qué aportó a su vida?

**J.M.Merino:** La verdad es que cuando me dieron el Premio de la Crítica, que fue el primero, ése me gustó mucho. Luego yo no me he presentado a premios. Solo me he presentado a uno que fue el Torrente Ballester porque ya me habían dado, sin que yo me presentase, el Miguel Delibes, el Ramón Gómez de la Serna y dije: "Voy a ver si gano el Torrente Ballester porque es otro escritor que me gusta mucho y me gusta tener el laurel de ese escritor". Pero el primero fue el que me hizo verdaderamente ilusión, el premio de la Crítica, porque era un premio en el que no te daban dinero, como no lo dan, pero era un premio muy valorado y ése sí me sentí orgulloso de él. Y siempre me gusta que me den un premio, porque, bueno, pues eso siempre te gusta. Pero yo creo que el que recuerdo con especial cariño fue el primero de todos.

**Entrevistadora:** Usted lleva siete años ejerciendo como académico en la Real Academia de la Lengua Española. ¿Ha afectado este trabajo a su producción literaria?

**J.M.Merino:** Yo soy cuidadoso al escribir. Procuero utilizar un léxico sencillo, pero darle una cierta gracia expresiva. Hombre, ahora tal vez me fijo más en los detalles, en las comas, en estas cosas me fijo un poco más, pero tampoco demasiado. A mí las palabras me gustaban mucho antes de ser académico; me siguen gustando igual. Porque además la Academia la gracia que tiene es que nuestras reuniones más interesantes son para hablar de palabras. Y además la Academia a mí, como contaba antes, me ha permitido intensificar mi relación con el mundo hispanohablante. Y además la Academia tiene una visión panhispánica del español. A veces los españoles tenemos una visión de "¡esto de aquí!" No, nosotros somos solo el 9% de los hablantes. Esto es de 500 millones de

personas y a mí eso me encanta. Y a mí la Academia me ha permitido aumentar todavía más esa idea mía, darle una proyección universal. Porque los españoles a veces no nos damos cuenta de la dimensión de nuestra lengua. Que ya no es solo nuestra naturalmente, es de muchísimos más hablantes.

**Entrevistadora:** Hoy en día los lectores tienen muchas opciones a la hora de elegir el modo que prefieren para leer. ¿Qué opinión le merecen los libros electrónicos o los audiolibros? ¿Le preocupa el futuro de la literatura escrita?

**J.M.Merino:** El que la gente lea me parece perfecto, estupendo. Siempre que la gente lea, que utilice el instrumento que utilice y si, en vez de leer, escucha, perfecto; no tengo nada en contra. Ahora, yo sigo prefiriendo el papel, porque el papel me parece un instrumento especial: tiene esa gracia táctil, esa capacidad de ver todo el libro al mismo tiempo, que no te vaya diciendo "le falta el 43% de lectura". Pero el libro electrónico me parece estupendo. Yo lo que quiero es que la gente lea. El problema es que estamos abandonando el libro en papel y no estamos yendo tanto como deberíamos al libro electrónico. Eso es lo que me preocupa: que la gente lea como sea, pero que lea.

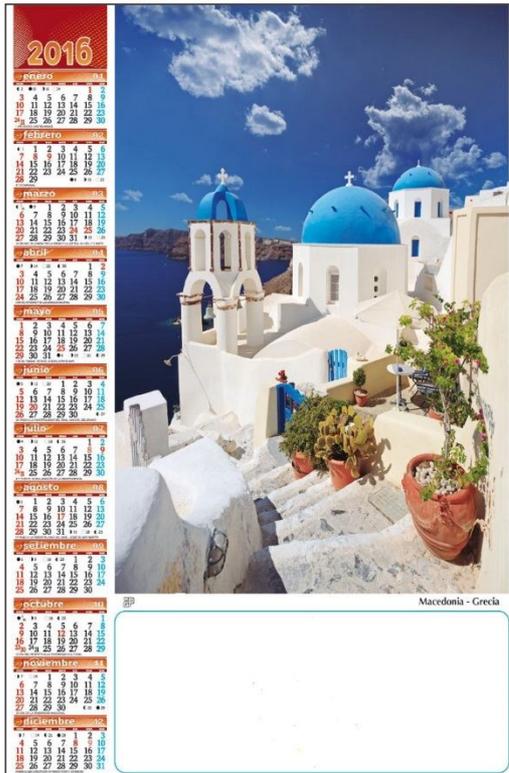
**Entrevistadora:** ¿Tiene nuevos proyectos en mente para un futuro cercano?

**J.M.Merino:** En septiembre voy a sacar una novela que estuvo descansando por mi trabajo con *Calila y Dimna*. Y ahora estoy pensando otras cosas, pero tan brumosas que todavía no puedo decir cómo van a ser. Yo he disfrutado tanto ya con mi última novela que si ahora mi última novela desapareciese, lo digo de verdad, diría: "Bueno, pero si yo cuando me lo he pasado bien es escribiéndola" (se ríe). Lo que venga después no sabemos lo que va a ser. Al principio sí, yo quería "que me leyeran, que se difundiera". Ahora me he dado cuenta de que la gracia, el sabor más importante de la escritura está en el hecho mismo de hacerla. Es cuando trabajas con una novela cuando realmente disfrutas de la literatura.

**Entrevistadora:** ¿Qué consejos le daría a la persona que quieren empezar a escribir o a publicar?

**J.M.Merino:** Primero, que crea de verdad en lo que va a hacer. Segundo, que piense que escribir es una manera de expresión personal propia; una expresión que desentraña cosas que uno tiene dentro de sí mismo. Que no piense en el dinero. Si piensa en el dinero, mejor que se dedique a la especulación financiera. Y que crea en lo que quiere hacer, que crea, que quiera hacerlo. Que no se asuste... porque las cosas a veces no salen adelante, porque el libro no termina como debiera, porque no siempre se consigue publicarlo... Que crea en la escritura y que siga adelante. Eso es lo que le aconsejaría.

## Ninguna luz tan densa



Ninguna luz tan densa,  
 tan suave,  
 como la luz de los almanaques.  
 Aquellos almanaques en relieve  
 con cisnes y palmeras y montañas  
 y grandes  
 lagos azules donde nadie sabe  
 qué vientos los rizaban  
 o qué naves  
 surcaban su mahón sin deslucir  
 el terso cartonaje.  
 Ningún color tan puro  
 ni tan grave  
 como el color de los almanaques,  
 que encendía en la paz de la cocina  
 su mágico mensaje  
 ondeando sobre viernes con lentejas  
 y lunes vegetales  
 un soñado tirol de lentas vacas  
 en húmedos paisajes,  
 tirol en reluciente mediodía  
 con pájaros y árboles.  
 Ningún calor tan plácido  
 y barato  
 como el calor de los almanaques,  
 donde era para siempre primavera  
 con sol en cada calle  
 de misteriosos pueblos escondidos  
 en misteriosos valles,  
 con muchachas de noble ropa antigua  
 y apuestos militares  
 mirando el río que se iba bajo el puente  
 entre frondosos sauces.  
 El año iba sobando dulcemente  
 el entusiasmo de los almanaques.  
 Oscurecía los cielos patinires,  
 los humos, los henajes.  
 Adelgazaba el taco desnudando  
 las puntas tutelares  
 y los mataba sin que ellos perdiesen  
 su ademán vigilante,  
 izado entre las cuentas y los fritos  
 su fúlgido semblante  
 de palacios de cuento y caballeros  
 en briosos alazanes  
 o de hermosas cabañas de los bosques  
 rodeadas de panales,  
 sugiriendo otro sabor que el dulce  
 de membrillo: el de los chocolates.



*José María Merino*

## Ficción de verdad

(del Discurso de Ingreso en la Real Academia Española)

“Excelentísimo señor Director, señoras y señores académicos:

Al hacerme miembro de la Real Academia Española -a la que, en ocasión de su ingreso, don Benito Pérez Galdós denominó «orden suprema de las Letras»-, me han concedido ustedes la credencial más segura y relevante de nuestro ámbito literario, por la diversidad de criterios del colectivo que componen, por el mérito intelectual indiscutible que los individualiza, por la evidente independencia con que toman sus decisiones, por el prestigio cultural de la corporación que constituyen. Todo ello obliga a que mis palabras iniciales expresen mi gratitud, primero a los señores académicos que presentaron mi candidatura -don Luis Mateo Díez, don Arturo Pérez-Reverte y don Álvaro Pombo, tres escritores que ofrecen aspectos tan diferentes y representativos como fundamentales en la narrativa española contemporánea- y, con el mismo calor, al resto de quienes me han apoyado, me acogen y me van a orientar y acompañar, a partir de hoy, en mis tareas dentro de esta venerable institución.

Sin embargo, mi agradecimiento no se sustenta solo en el alto honor que he recibido con la elección de mi persona para que me incorpore a su equipo, sino también en que, al decidirlo así, me han hecho un regalo cargado de benéfica simbología, el de permitirme cerrar, de modo inesperadamente grato, una trayectoria personal. En los tempranos inicios de mi experiencia de lector de novelas y cuentos, absorbo en la fascinación de aquellas aventuras o intrigas desarrolladas mediante palabras escritas, me encontraba a menudo con términos insólitos: *jarcias, cofas y obenques, basaltos, áloes y mucílagos, ámbitos australes, boreales y abisales, azagayas, jáculos y macanas...*, pero también descubrí enseguida, en la biblioteca de mi buen padre, Bonifacio Merino, el instrumento necesario para descifrar tantos términos extraños o ininteligibles. Y, a menudo, consultar el diccionario me deparaba un nuevo viaje mental, una aventura interior que me iba haciendo fondear de palabra en palabra como un bergantín en las islas del más denso archipiélago.

Ahora me otorgan ustedes todo el derecho para entrar en el espacio, que yo sentía sagrado y misterioso, donde se elabora ese instrumento, y con ello, tras el fluir de los años, aquellas visitas de mi niñez y adolescencia al diccionario van a transformarse para mí en la más certera y directa de las exploraciones verbales. Completo pues un círculo vital, a través de una trama que tiene mucho de ficción rematada con felicidad. Además se me asigna un sillón identificado con la misma letra que es la inicial de mi apellido, pero también de palabras que, como *madre y música*, pasando por *madurez, magia, manantial, mar, melancolía, memoria, mestizaje, metamorfosis, montaña, mito o muerte*, hacen resonar para mí un eco singular en la literatura y en la vida. ¿Puedo decir más en el campo de lo simbólico?(...)”

**José María Merino**

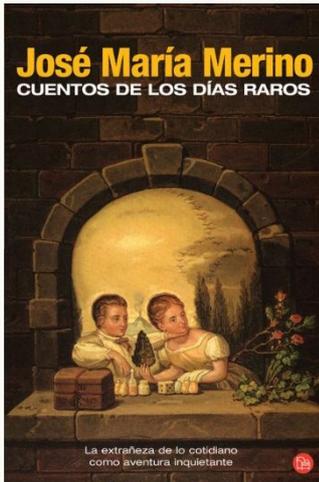
## Después del accidente



No sientes el silencio de la noche porque dentro de ti continúan vibrando todos los sonidos del accidente, el chirrido del frenazo, el golpe contra la barrera, el retumbar del vehículo al despeñarse. Y escuchas el murmullo de la radio, una voz ininteligible, mientras la luz cada vez más débil de los faros hace brillar la escarcha en los matorrales. Hay también otros brillos y, desde el lugar que ocupa tu cuerpo, caído fuera del coche, comprendes de repente que son los reflejos de esa iluminación escasa en unos ojos. «¡Laura!», exclamas lleno de terror, incorporándote. Entonces los ves. Sobre sus uniformes reluce la fosforescencia de unos cascos que parecen enormes y extraños en la negrura. «No te preocupes por ella», dice el más alto, con voz serena, «eres tú quien debe venir con nosotros. Ella está viva».

**José María Merino**

## El inocente



Era bastante raro que un profesor, aunque fuese don Miguel Sierra, se pusiese a contarnos cosas de su vida, de manera que todos estábamos pendientes de sus palabras.

-La historia que os voy a contar sucedió aquel mismo curso o al siguiente, ya no estoy seguro. En el instituto habíamos hecho una excursión a un paraje

de montes carcomidos que son el resultado de la minería del oro en tiempo de los romanos, hace dos mil años. Lo llaman *Las Médulas*. Es un lugar extraño, silencioso, muy solitario. Entre grupos de árboles se alzan, como esqueletos de tierra de color amarillento, los restos de las grandes montañas desaparecidas.

Para extraer el oro, en aquellas montañas se perforaban largos túneles, con trabajo muy duro de esclavos, y luego se hacía entrar por allí a presión agua que llegaba a través de un sistema de canales que también los esclavos habían excavado en la roca viva de las montañas circundantes. El agua derrumbaba los túneles y arrastraba la tierra hasta unos enormes lavaderos en que quedaban depositadas las pepitas de oro. El lugar estimuló nuestra imaginación, pues mis amigos y yo pensábamos que sin duda en aquella tierra debía de quedar todavía oro, mucho oro. De modo que nos propusimos buscarlo. [...]

-Aprovechamos otra excursión escolar. Mentimos en casa. Ya sé que esto que os digo no resulta muy ejemplar, pero así fue. Coincidiendo con el tiempo de la excursión verdadera, de la oficial, y empleando el dinero en la nuestra, nosotros nos iríamos a los viejos restos de las minas romanas. Conseguimos unas tiendas de campaña pequeñas, sacos de dormir para todos. Calculamos la comida necesaria, el agua. Llevaríamos azadas, palas de jardín, cedazos, linternas, pilas.

El viaje fue una odisea, dos autobuses primero, con largo tiempo de trasbordo entre uno y otro, luego una interminable caminata con todo auestas. Mientras tanto, le íbamos contando a Fidelín el objetivo de nuestra excursión, le hablábamos de los canales, del agua que había hecho derrumbarse las galerías y que arrastraba la tierra en torrentes de arenas auríferas, de los esclavos sudorosos, de los soldados vigilantes, del oro que al cabo brillaría en los grandes depósitos, una vez arrancado de la tierra. No podíamos saber si era consciente de nuestras referencias a un tiempo tan lejano, el mismo tiempo en que había nacido Jesucristo, pero él nos escuchaba con interés, se

contagiaba de nuestro entusiasmo de buscadores de aquel oro con que estaban hechos los anillos de matrimonio, los pendientes y las pulseras de nuestras madres y hermanas, los cálices de las iglesias, las monedas de las leyendas. Llegamos al lugar bastante tarde. El sol declinante iluminaba los picos de aquellos montes roídos y les hacía parecer los dientes de una enorme dentadura abierta en el valle.

Soltó la tiza y volvió a apoyarse en su mesa. En medio de la pizarra quedó pintado un sol deforme.

-Aquel curso vino al instituto, a la clase anterior a la nuestra, el hermano de Héctor, Fidelín, al que acabaríamos llamando Fidelín. Sabíamos que Héctor tenía un hermano pero nunca le preguntábamos por él, porque se decía que aquel chico no estaba bien, y que por eso lo tenían interno en un colegio especial, pero aquel año lo pasaron a los cursos normales. Que el chico no estaba bien se notaba enseguida, en cuanto se le oía hablar. Era bastante alto, más que la mayoría de los de su edad, con unos andares muy desmañados, y tenía cierta dificultad para hablar y para entender las cosas. El mismo día que llegó, uno de los mayores, con el que tropezó en el recreo, le dio un empujón llamándole subnormal, retrasado mental. Héctor, que lo oyó, se lanzó contra él como un rayo y empezaron a darse puñetazos. A Héctor le costó sangrar por la nariz y a su contrincante un ojo morado, y ambos fueron castigados, pero nadie volvió a tratar mal a Fidelín. Héctor decía que su hermano era un inocente, que es como llamaban antes en los pueblos a esos chicos. "Mi hermano es un inocente, y a los inocentes hay que respetarlos", decía. "Mi hermano no se mete con nadie, y nadie tiene derecho a meterse con él". Su afán de proteger a Fidelín llegó a tal punto que lo incorporó a nuestra pandilla. [...]

-Cuando empezamos a montar las tiendas, comenzó a manifestarse el desasosiego de Fidelín. Se había acercado a una parte del monte en que se abría la enorme boca de una de las antiguas galerías, pero volvió corriendo a donde estábamos. "El agua, el agua -balbuceaba-, aquí las tiendas no, por aquí pasa el agua, nos llevará, nos ahogaremos". Le aseguramos que eso era imposible, que hacía cientos y cientos de años que ningún agua que no fuese la de la lluvia mojaba aquellos parajes, pero se puso tan nervioso,



que Héctor nos pidió que cambiásemos el emplazamiento de las tiendas para que se tranquilizase.

Buscamos otro sitio y no lo encontramos tan llano. Sin embargo, tuvimos que aguantarnos. Estábamos arrepentidos de haberle contado nuestro proyecto a Fidelín con tanto fervor, pues sentíamos que habíamos sido nosotros mismos los causantes de aquella actitud suya. Mientras acabábamos de montar las tiendas y de ordenar las cosas, Fidelín volvió a merodear por el bosquecillo. Héctor le había dicho que no fuese lejos, que no se apartase mucho de nosotros, y regresó al cabo de un rato, muy excitado. “¡Los esclavos! – gritaba-, ¡los esclavos!”. Parecía despavorido. “¡Hay muchos, muchos! ¡Los atan con cadenas para llevarlos a dormir, les dan de cenar un pedazo de pan!”. “Vale, Fidelín, ahora vamos a cenar nosotros”, le dijo Héctor, pero Fidelín nos hizo seguirle, mientras corría con sus andares bamboleantes. El sol ya se había puesto y había una opacidad azulada, una bruma ligerísima embalsada entre las masas picudas de los montes arruinados. Fidelín señalaba aquella opacidad como si mostrase algo muy interesante. “Los soldados, los esclavos”, murmuraba, pero allí no había otra cosa que árboles, rocas, y la oscuridad que iba depositándose en silencio sobre todas las cosas. Regresamos con él al campamento, pero parecía muy nervioso, y Héctor estaba contrariado. “Mira que si hoy le da uno de sus ataques aquí, lejos de todo el mundo, sin pastillas”. Pero al cabo Fidelín dejó de hablar de aquellas cosas, de los esclavos desarrapados, de los soldados con sus lanzas y escudos. Hicimos una hoguera, cenamos con hambre unos bocadillos. Yo creo que sentíamos la aventura como un sabor, como un tacto en la piel. Salió una luna enorme, al principio rojiza, luego amarillenta, por fin blanca como nieve, que llenó el paraje de claroscuros, de sombras movedizas. Empezaban a oírse cantos o graznidos de pájaros, aleteos, crujidos en la maleza, ruidos de insectos, sonidos en lo oscuro que nos inquietaban, aunque disimulásemos. [...]

-Acordamos el plan del día siguiente: penetrar en alguna de las grandes cuevas, cavar, cerner la tierra cavada en busca de las riquísimas pepitas. A la luz de la hoguera los ojos de Fidelín brillaban muy abiertos, como si permaneciese pasmado por alguna visión. Después de un rato, seguros de que la jornada próxima estaría llena de estupendos hallazgos áureos, nos acostamos. Estaban en la tienda más pequeña Héctor y Fidelín, y en la otra Antonio, Luis Belinchón y yo. Creo que a todos nos costó un poco quedarnos dormidos, [...] pero] al fin caímos en el sueño. Nos despertó de repente la voz de Héctor, que llamaba repetidamente a su hermano, y luego sonó la cremallera de nuestra tienda. El tono de la voz de Héctor daba señal de su inquietud: “¡Fidelín no está en la tienda, ni alrededor!

¡Ha desaparecido!”, gritaba. Salimos de los sacos, nos abrigamos un poco, cogimos las linternas. Ante la

noche, a la vez luminosa y llena de sombras indescifrables, nos sentíamos confusos, desorientados. “¡Hay que encontrarlo!”, decía Héctor. Nos separamos y recorrimos el lugar llamándole a voces, pero no contestaba. La búsqueda duró bastante tiempo, y a veces nos encontrábamos los propios buscadores, sobresaltándonos, pues no conseguíamos identificarnos en lo oscuro. Después de un rato bastante largo volvimos a concentrarnos en el campamento. Héctor propuso ir al pueblo a pedir ayuda. Los demás no sabíamos qué hacer.

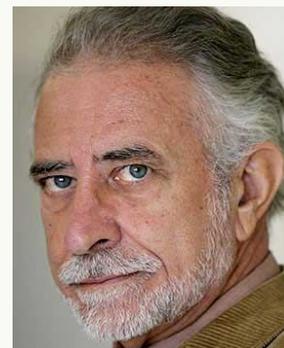
La noche se había puesto fresca y yo, entre el frío y el sueño, tenía una fuerte sensación de pesadilla. Cuando habíamos decidido que iríamos al pueblo Héctor y yo, y que los demás permanecerían en el campamento, con un fuego encendido para señalar el lugar, se escuchó la voz de Fidelín. Estaba en el borde del bosquecillo, mirándonos con los mismos ojos desorbitados que había mostrado a la luz de la hoguera. Musitaba palabras ininteligibles y sufría una fuerte tiritona. Héctor le obligó a acostarse, nos acostamos todos, y nos quedamos durmiendo hasta que el sol estuvo muy arriba. [...]

Nos despertamos con hambre. El sol tan cálido y el descanso nos habían puesto de buen humor y acosábamos entre risas a Fidelín para que nos contase en qué discoteca o club de alterne se había metido. Él nos miraba un poco aturdido, porque no entendía nuestras bromas. Luego, cuando ya no le hacíamos caso, dijo que había encontrado el oro. Así lo dijo: “Encontré el oro”. Era una salida tan rara, que los ojos de todos nosotros quedaron fijos en él. “Lo tienen en unas cajas de hierro muy grandes. Hay allí muchos soldados, pero no me cogieron. Estaban allí mismo, al lado mío, pero no me dijeron nada, como si no me viesen”. Metió entonces la mano en un bolsillo del pantalón y sacó algo que brillaba en su palma. “Os las traje de recuerdo, las más gordas que encontré. Una para Héctor, otra para Antonio, otra para Miguel, otra para Beli”. Eran cuatro piedrecitas doradas, del tamaño de avellanas.

En la clase había eso que se llama verdadera expectación, aunque luego supe que, como yo, muchos pensaban que el profesor Sierra nos estaba gastando una broma. El caso es que se desabrochó la camisa, sujetó una cadena que llevaba al cuello y, tras soltarla, nos enseñó un pequeño colgante dorado.

-Aquí está la mía. Echadle un vistazo, si queréis, íroslo pasando. Oro puro, macizo. Ese fue el oro que conseguimos, aunque yo no puedo imaginar de dónde lo sacó el pobre Fidelín. Y ahora que lo he vuelto a recordar, pienso que acaso lo más razonable sea no seguir dándole vueltas al asunto.

**José María Merino.**



## Hierbas de junio<sup>1</sup>



Inopinadamente la mujer sintió la brusca sacudida, y dos agudos pinchazos en el comienzo de su antebrazo izquierdo la sobresaltaron. En vano buscaba un cardo borriquero o el tallo tronchado de una zarza, cuando, al remover una vez más la hierba recién esparcida, el pequeño reptil enarcó su perfil de aristados contrastes, de vivas tonalidades amarilla y violácea. Fue apenas un instante, pues ya la mujer, conteniendo su dolor y su angustia, había saltado del carro y se apretaba vigorosamente el brazo herido. Y esto al tiempo que su voz, deformada por la tensión, reclamaba estentóreamente al hombre de la horca. El de la horca clavó en el último montón hacinado su instrumento y se acercó a

su mujer a tiempo de oírle lamentar la mordedura. Al llegar a su lado, ella se desplomaba desvanecida. La mañana había abierto diáfana y huía ahora en un arpegio de murmullos y diafanidades. La luz solar ardía en las acículas y supuraban los piornos olorosos. Pero otro aroma más profundo, el de la hierba recién segada, henchía el aire. Aprendices de río estallaban en espumas entre las quiebras y en lo alto del cueto Cambrones cantaba desafiante un macho de perdiz.

Rápidamente el hombre rasgó en tres tiras su pañuelo, improvisó un torniquete y lo aplicó al brazo de Julia. Del herbazal contiguo acudió un joven sobre una yegua perlada de sudor. Un fugaz cruce de miradas suplió toda explicación. Mientras el joven habilitaba uno de los carros para el traslado de Julia, el otro maldecía su infortunio. Apretó con furia el vendaje, pero al poco comprobó con pesar la inutilidad del remedio: el veneno, vertido sobre el vaso sanguíneo, extendía ya por todo el antebrazo una lívida hinchazón.

El hombre comprendió que había que actuar con la mayor celeridad. (Pero los minutos avanzaban implacablemente). Entre los dos incorporaron a la mujer, que, aunque exánime, volvía en sí de cuando en cuando y, en silencio, los dejaba hacer. A veces el mareo le subía desde el estómago y le nublabla la vista. Veía entonces que una montaña altísima se desplomaba de pronto sobre su cuerpo y se sentía sepultada en una región subterránea, sombría e irrespirable.

De la fuente Gallosa a las lindes de Murillo baja serpeando un camino montuoso sembrado de guijarros. Dejadas las lindes a la izquierda, el camino Grande de Fuente Nueva lleva al viajero a Colinas tras dos horas y media de camino pendiente.

Para representarse la propia vida no se requieren muchos minutos. Basta saberse agonizante, conducida al galope en un mal carro asendereado por las piedras de un mal camino. Se descubre entonces cómo hay cosas - y entre ellas, la misma vida - que difícilmente se valoran si no se está en trance de perderlas. Pero Julia deseaba vivir a toda costa. Se lo pedían su marido y su hijo. Se lo pedía su marido sosteniéndola en vilo para amortiguar los golpetazos del carro contra su cuerpo. Se lo pedía su hijo espoleando la yegua, sorprendida quizá por la prisa de sus amos. No; no eran necesarios muchos minutos para reconstruir la propia historia ni para intuir que el destino nos depara en ocasiones tragos amargos, pasos difíciles en los que vivir se resuelve en una angostura inusitada, en algo que nos oprime hasta más allá de donde cifrábamos el límite de resistencia.

Julia aún no había traspasado ese límite, mas al sufrir el dolor creciente de su brazo izquierdo temía por momentos llegar a rebasarlo. Se le figuraba su cuerpo una cisterna rota, incapaz de retener las aguas de la vida, como una vasija quebrantada por donde huía a borbotones el fluido de su existencia. Le hervía el brazo enfermo en ardientes punzadas, pareciéndole que el dolor le brotara del interior mismo de los huesos. (El dolor, que es como las roderas cuando las carretas huellan el camino, porque marca para siempre, porque nadie sufre el dolor y sigue siendo el mismo hombre).

Al llegar al camino Grande, el hijo de Julia tuvo que contener el galope de la yegua a causa de la pronunciada pendiente. Chorreaba el lomo por el esfuerzo y sufrían sus belfos, lacerados por los tirones del correaje. Un sol pródigo se derramaba entonces por las lomas, ajusticiando con sus rigores a ganados

---

<sup>1</sup> El presente relato obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Relatos Breves "El Aguzo".

y ganaderos, acentuando la lentitud perenne de los bueyes. El camino Grande, bordeado de castaños, se hacía a los viajeros interminable, y el avanzar penoso del animal en los recuestos levantaba desde sus cascos una tolvanera densa y dorada.

La inflamación del brazo de Julia iba en aumento, amenazando ahora con afectar al hombro, que también se empezaba a amoratar. La mujer lo miraba resignada. Lo sentía como un remo hinchado e inútil. Sin embargo, no temía perderlo. Le aterraba tan sólo la falta de tiempo, el rápido progreso del veneno. Pero en nada de esto quería pensar porque deseaba vivir a toda costa. Su marido y su hijo la necesitaban.

A seis kilómetros de Colinas la yegua empezó a cojear. Se había herido con un guijarro en un casco trasero y resoplaba obedeciendo con dificultad. Mas el hijo de Julia no detuvo su carro hasta un kilómetro después al advertir entre las piedras del camino el creciente rastro de sangre del animal herido. Al pararse el carro, la yegua lanzó un ronco relincho, concreto y profundo a la vez, como un estertor. Una llaga sangrienta surcaba de adelante a atrás el pie renqueante, por lo que no era el caso continuar.

Descendieron los hombres indecisos aguardando el paso de algún convecino, mas sólo el pausado giro de un milano y el sordo lamento de la langosta les acompañaban en aquella intransitable soledad. Entonces el mayor de ellos cargó a su mujer sobre la espalda y emprendió a pie la caminata. Su hijo corría velozmente al pueblo para pedir ayuda. Detrás quedaban ya sus dos carros, uno vacío y el otro colmado de hierba, de la hierba de junio que unas manos no volverían a esparcir.

Al llegar a Colinas, la noticia de la mordedura se había propagado con la celeridad de un incendio. Varias mujeres rodearon a la enferma, la echaron sobre una cama y prepararon un vomitivo. Julia estaba de nuevo inconsciente, por lo que hubieron de abrirle la boca para que lo tomara. Su frente ardía de fiebre y su corazón latía con fuerza como el pecho de un gorrión cautivo.

Avisaron al médico del pueblo más próximo. La espera era enervante, tensa, inacabable. Cuando llegó, mediada ya la tarde, unas mujeres sollozaban en el interior de la estancia. Julia acababa de morir.

El día siguiente, el cuerpo de una víbora cantábrica aparecía descuartizado en el fondo de un carro.

***Luis Miguel Alonso Gutiérrez***

## ¿Te gustan los caramelos de fresa?

Jaime era un niño que no tenía miedo a nada, y cuando digo nada es absolutamente a nada, ni siquiera a las acelgas de su madre. A Jaime, su madre, desde que era pequeño, le había advertido de que tres horas antes de irse a dormir no podía comer golosinas, porque si no, corría el riesgo de que las caries inundaran sus dientes y de que el monstruo de debajo de la cama se los comiera mientras él dormía.

Pero Jaime no creía en los monstruos que se comían los dientes llenos de caries, y menos aquellos que se escondían debajo de la cama. Todo eso eran invenciones de su madre para que no comiese golosinas: esa era la verdadera razón de las advertencias de su madre, se decía Jaime.

Los niños de su clase temían a la oscuridad y a los monstruos "comecaries", por lo que ningún amigo de Jaime comía golosinas tres horas antes de dormir. Jaime, un día que su amiga Carlota le hablaba sobre su miedo irracional a los vampiros, decidió que para demostrar que los monstruos no existían, esa misma noche comería golosinas justo antes de irse a dormir.

Jaime, muy seguro de sí mismo, esa misma noche se metió en la cama y comenzó a comerse sus caramelos de fresa favoritos, cuando de repente oyó unos ruidos, y a continuación una voz que decía: "¿Me das uno?". Jaime, sorprendido, miró debajo de la cama y sólo vio una mano muy peluda que salía de debajo. Como Jaime no creía en los monstruos, ni les tenía miedo, decidió compartir sus caramelos.

Al día siguiente su madre fue a despertar a Jaime, pero éste había desaparecido. Era como si se hubiese esfumado. Nunca más nadie volvió a ver a Jaime, el niño que se atrevió a comer golosinas antes de dormir.

***Elena Revuelta***

# Historia de dos vidas<sup>1</sup>



Feli era una muchacha más bien bajita, con el pelo a la altura del cuello, de ojos negros y piel blanca. A sus diecinueve años de edad se levantaba cada mañana para ir camino del trabajo. Era dueña de una pequeña joyería que estaba situada en el centro de la ciudad. Sus padres habían tenido antes la joyería y desde que fallecieron, ella fue quien llevaba el negocio familiar. Todos los días lectivos, se despertaba a las seis de la mañana, se preparaba, e iba a la tienda a colocar de nuevo las joyas para que al abrirla, todo estuviera en su lugar. Esa mañana de julio, había amanecido con un cielo majestuoso.

\*

-“¡Al ladrón!” – gritaba una de las señoras de los pisos de la urbanización.

Ángel salió corriendo con el dinero y se escondió detrás de un árbol. Miró la bolsa con las cosas que llevaba y suspiró. Con veintidós años que tenía y que tuviera que ir robando para poder mantener a su hijo, era deprimente. Sin trabajo, era todo lo que podía hacer para poder pagar su casa, y los alimentos del niño. Solo quería darle lo mejor.

\*

En la tienda, había habido muy poca gente. Feli había estado sentada detrás del mostrador sola prácticamente toda la mañana. Llegó el mediodía y cerró para irse a comer. Pero ese día, se sentía más sola que nunca, y decidió no ir a comer a su casa. Prefirió comer en un restaurante, cerca de la joyería, dado que ella se lo podía permitir. Cuando hubo comido, dio un paseo por la ciudad, para hacer algo de tiempo hasta la hora de abrir. El paseo se le pasó muy rápido; y cuando quiso darse cuenta, ya tenía que volver para abrir la tienda.

\*

Ángel rebuscó entre sus bolsillos la llave de su casa, y abrió la puerta. Su hijo Carlos estaba sentado en el suelo, jugando con una muñeca rota que él mismo le había regalado por navidad. Lo miró, y se acercó a él. El niño se levantó y le abrazó fuerte. Le había dejado solo toda la mañana, y le había echado de menos.

-“Adivina lo que tengo para ti”- dijo Ángel.

Carlos abrió los ojos como platos, y Ángel abrió la mano, dejando ver un pequeño caramelo de limón que había en el bolso de la señora a la que había robado. Su hijo sonrió, y le dio un beso en la mejilla. Él era toda la familia que tenía y tenían que estar unidos. Lo quería muchísimo. El pequeño siguió jugando mientras se comía el caramelo. Eso sería lo único que comería hoy. En el bolso de aquella señora no había nada de valor, ni llevaba dinero; más que aquel caramelo de limón y una cartera vacía.

\*

-“Las 8 ya...”- Feli miró su reloj con alegría. Ya le tocaba cerrar la tienda. Salió del establecimiento, y cerró con llave, activando la alarma de seguridad.

\*

Ángel colgó el teléfono. Le había llamado un amigo suyo, que quería cometer un robo, y si él le ayudaba, se repartirían el dinero. No estaba muy convencido, porque aunque robaba, nunca había llegado a niveles tales como para atracar un comercio. Pero su hijo pasaba hambre...Y eso no podía permitirlo. Después de habérselo pensado, accedió. El robo sería esa misma noche.

\*

-“Justo tiene que pasar ahora...”- Su coche no arrancaba. Feli pisaba el acelerador, pero el coche permanecía en su sitio. Se bajó de él, y se dispuso a ir andando hacia su casa. Estaba lejos, pero no

---

<sup>1</sup> El presente relato obtuvo el primer Premio en el último Concurso de Relatos Breves de Navidad del IES Legio VII.

tenía otra opción, ya se había hecho de noche y la calle estaba desierta. Mientras andaba, pensaba en sus padres; tanto tiempo luchando por ella, para que acabara sus estudios, y ahora que ya no estaban, debía mantener el negocio familiar. "Si ahora estuvieran aquí..."- pensó. Mientras estaba inmersa en sus pensamientos, no se dio cuenta de un coche que se aproximaba a ella a gran velocidad.

Ángel estaba apoyado en la ventana mirando hacia la calle. En ese momento estaba vacía. Lo único que rompía el silencio, era el repiqueteo de los tacones de una muchacha y el ruido del motor de un coche por la carretera. En ese momento, el coche no paró en el paso de peatones, y Ángel vio como la muchacha del abrigo rojo era arrollada brutalmente por el coche.

Bajó a toda prisa las escaleras, mientras llamaba por el teléfono móvil para pedir una ambulancia. Cuando llegó, el coche se había dado a la fuga, y la muchacha yacía en el suelo. La tomó entre sus brazos y la tomó el pulso. Estaba viva. Esperaba que los servicios de emergencia no llegaran demasiado tarde.

\*

La mañana siguiente, Feli despertó en el hospital. Al principio, estaba muy desorientada, pero más tarde, los médicos y enfermeras le explicaron lo que había pasado. Cuando le hablaron del hombre que la había acompañado hasta allí, ella se extrañó. O se había dado un golpe muy fuerte, o juraría que no conocía a un hombre de esas características; pero se alegró de que la hubiera salvado la vida, aunque no le conociera.

\*

Ángel estaba en la puerta del hospital con un ramo de narcisos en la mano. El robo había salido bien, pero se había quedado con la curiosidad de lo que sería de aquella muchacha a la que había ayudado. Mientras subía a la habitación, se miró en el espejo del ascensor. Se había comprado ropa nueva para la ocasión, igual que los narcisos, con el dinero que habían conseguido.

\*

Feli se quedó petrificada cuando vio a aquel apuesto joven más o menos de su edad, que entraba en su habitación. No supo qué reaccionar cuando él le estaba explicando quién era, y qué hacía allí. Era el chico más guapo que había visto. No podía prestar atención a lo que le estaba diciendo, solo podía mirarle.

\*

¿Por qué le miraba así? ¿Estaría feo? Ángel empezaba a pensar que no tenía ninguna posibilidad con ella. Llevaban hablando un rato, y ella solo le miraba. Desde que la vio supo que tenía que estar ahí para ella...Ser para ella. Cuando estaba decidido a marcharse, ella se acercó, y le besó. ¿Por qué había echo eso? No le importó en absoluto. Le correspondió y así, se les fue el tiempo, entre beso y beso; entre risa y risa; pero juntos.

\*

Ya habían pasado dos meses desde el accidente de Feli, y Ángel había ido todos los días a verla. A pesar de seguir en el hospital, se habían enamorado el uno del otro, estaban juntos. Él la escribía poemas todas las noches, para que cuando se despertara, pudiera ver en una servilleta o un vaso de plástico, reflejado un pedazo de su amor.

Aquel día, el médico por fin le daba el alta. Le devolvieron sus pertenencias: la ropa lavada, su teléfono móvil, y su cartera. Tenía 10 mensajes en el teléfono móvil. Abrió la bandeja de entrada y vio uno de la "S.T.", la compañía de alarmas de seguridad. Algo había pasado en su joyería. Llamó a un taxi, y le pidió a Ángel que la acompañara, sin decirle a dónde iban. Cuando el taxi llegó a la joyería, Feli se quedó sin habla, pero no tanto como Ángel. Ella no pudo evitar derrumbarse. Su joyería estaba totalmente destrozada. Ángel la miró, y le dio un beso suave y dulce en los labios. Después, montó en el taxi, no sin antes decirle a Feli que se iba para siempre. Ella se quedó sola, lamentándose en la tienda, preguntándose por qué, mientras Ángel no podía parar de llorar a la vez que el taxi se alejaba de la joyería. Allí, es donde robó después del accidente de Feli. De allí había pagado los narcisos que le había regalado el primer día.

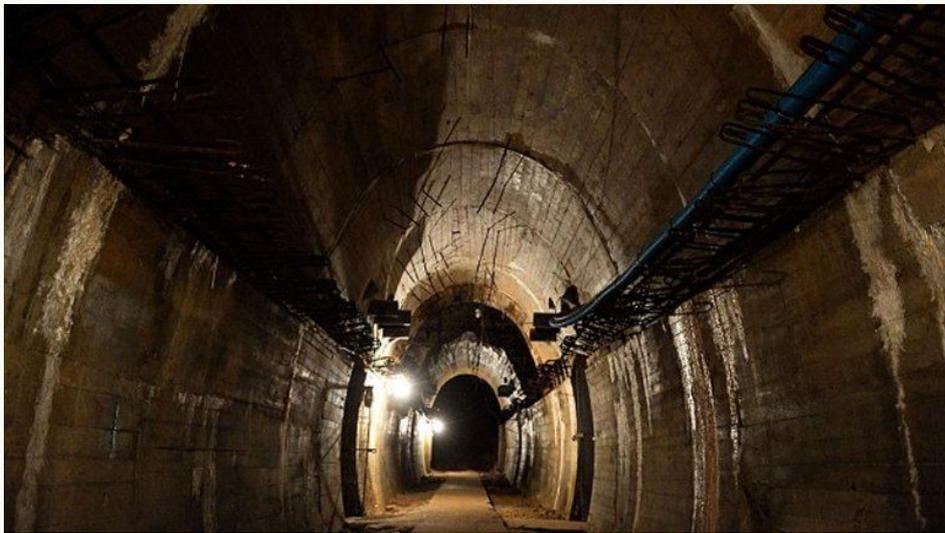
***Begoña Mateos***

## Bajo tierra

Un par de años antes de morir, cuando yo era pequeño, mi abuelo me contó una historia de cuando él era joven y España estaba sumida en los oscuros años de la posguerra.

Mi abuelo era republicano y luchó en el frente junto a su padre, que murió fusilado durante la guerra. Al finalizar la guerra, mi abuelo, aunque era muy joven todavía, tuvo que hacerse cargo de sus cuatro hermanos junto a su madre, trabajando como aprendiz de carpintero. Sin embargo no era suficiente como para que la miseria y el hambre no fuesen una constante en la vida diaria de la familia, constante como lo era en toda España durante aquellos años.

En los pueblos, la mayor parte de republicanos o hijos de republicanos estaban controlados. A menudo se llevaban "de paseo" a uno o dos como parte de esa política del terror que ejercía la Guardia (que era así como la llamaba mi abuelo) durante la dictadura. Mi abuelo había visto perecer a muchos amigos suyos a causa del régimen pero en absoluto esperaba que el siguiente en la lista fuese él. Fue un amigo de la infancia, que trabajaba de mecanógrafo en el cuartel, el que escuchó que era el siguiente en la lista y el que le advertiría de su destino para aquella noche de otoño.



Ya informado, mi abuelo comenzó a trazar un plan de huida, pero las principales vías de acceso al pueblo estaban vigiladas por la Guardia. Fue entonces cuando, tras unos segundos de desesperación, mi abuelo recordó una de esas historias fantásticas que nos cuentan de niños sobre los misterios de nuestras regiones. La leyenda hablaba en concreto de unos túneles medievales que unían los castillos de la zona y bajo los cuales habían muerto decenas de soldados franceses en la Guerra de la Independencia de forma extraña. Atraído por la idea, la cual era en ese momento su única vía de escape, se dirigió al castillo del pueblo donde preguntaría al viejo que lo guardaba acerca del túnel. Tuvo suerte, el viejo, también republicano, accedió de buena gana a mostrarle el comienzo del túnel a mi abuelo. Un pequeño hueco se abría en la base del torreón noroeste, hueco que sería su cómplice de huida esa misma noche.

Mi abuelo salió de casa recién pasadas las dos y callejeó por el pueblo, intentando evitar a la guardia nocturna hasta el castillo. Por desgracia, poco antes de entrar en el castillo, la guardia de noche le descubrió calle arriba y comenzaron a caminar en dirección hacia él. Mi abuelo echó a correr y entró al castillo, se dirigió rápidamente al torreón noroeste, bajo las escaleras y se metió en el pequeño hueco. Se arrastró unas decenas de metros por el hueco mientras escuchaba cómo los guardias bajaban las escaleras buscándole. Llegó a un túnel más grande, donde podía ponerse de pie, en el momento justo en el que los guardias descubrían el pequeño hueco cómplice de su huida. Sacó su linterna y empezó a correr sin saber hacia donde le estaba conduciendo el túnel. Pasaban los minutos, minutos que parecían horas, y mi abuelo se giraba cada poco para ver si le seguían de cerca, pero las continuas subidas y bajadas y el zigzag del túnel hacían imposible ver poco más de unas decenas de metros a su espalda; aunque escuchaba el eco de pasos distintos a los suyos.

De pronto, el suelo cambió y empezó a ser de un barro espeso con frecuentes charcos de agua cada pocos metros. Por las paredes bajaban gotas de agua, mientras oía el agua fluir sobre su cabeza y se preguntaba si se iría a derrumbar el túnel. Llegó a una bifurcación y eligió la izquierda con el corazón. El suelo estaba cada vez más encharcado y una niebla verdosa empezó a cubrir el techo de la galería. Mi abuelo empezó a sentirse helado, pesado, como si su ropa estuviese empapada, su respiración se hacía más ahogada con cada zancada, sus ojos fallaban y su cabeza oía tenues voces femeninas. Pasaron los minutos y la niebla cubría ya medio túnel. Le faltaba el aire, sentía como se encharcaban sus pulmones y como su corazón se revolucionaba. De repente tropezó y cayó al suelo. Escuchó a alguien aproximarse y se dio la vuelta preparado para morir a manos de los guardias. Sin embargo, sus ojos se cerraron súbitamente, escuchó el grito de dos hombres en la lejanía y se desmayó.

Cuando despertó estaba en medio del monte a unas decenas de kilómetros del pueblo. Nunca supo que aconteció en aquel túnel, solo que había algo allí abajo, algo que hizo desaparecer para siempre a los guardias, algo que le regaló la vida.

**Pablo García López**

## El espejo



Todo estaba oscuro. La tormenta había provocado que se fuera la luz. Me sentí desamparado, pues ese día mis padres no estaban en casa. Por un momento me planteé encerrarme en mi habitación con llave, bajar las persianas y meterme debajo del edredón. No sé por qué, pero siempre he tenido la sensación de que, cuando estás debajo del edredón, te rodea un halo de seguridad y tranquilidad. No es real, lo sé, pero yo me siento mejor. Decidí que era mejor enfrentarme a la situación de estar solo en casa y a oscuras. No me gustaba la idea, pero

no podía esconderme como un niño pequeño hasta que llegaran mis padres. Eran las diez de la noche y ver algún programa poco interesante en la televisión se presentaba como mi mejor opción.

Cuando llegué al comedor me di cuenta de que no había luz, así que no podría ver la televisión. Si no encontraba algo con lo que entretenerme, me pondría a pensar en las formas que había de entrar a mi casa: tan solo había que saltar la valla del jardín y luego acceder por la puerta de atrás o la del garaje. Este pensamiento me ponía muy nervioso e irracionalmente mi cuerpo se ponía en tensión y no me permitía mover ni un músculo. Debía tranquilizarme. Seguramente muchas otras personas estarían en la misma situación que yo y mi cerebro me decía que la probabilidad de que entraran en su casa justo el día de hoy era prácticamente nula, así que tampoco entrarían en la mía. No tenía claro qué era exactamente lo que me provocaba este pánico, pero algo me decía que esta no iba a ser una noche normal. Mientras yo me encontraba ensimismado en mis pensamientos, una sombra negra deambulaba por las estancias de la casa.

Se me ocurrió ir a la habitación de mis padres a buscar algún libro que me distrajera. Cuando entré me dio la impresión de no estar solo. La habitación estaba iluminada por la luz de la luna que entraba por la ventana. Esta luz se reflejaba en el espejo produciendo una imagen realmente bella. Me acerqué al espejo atraído por el reflejo de la luna en él y no me di cuenta de que había algo más que se reflejaba. Cuando estaba de frente a él, un escalofrío me recorrió el cuerpo y todo sucedió a cámara lenta. Vi cómo aparecía de entre las sombras una figura humana y sonreía al espejo detrás de mí. No me dio tiempo ni a reaccionar, ya era tarde, mis miedos se habían convertido en realidad y lo que sucediera a partir de ahora era un interrogante.

**Elena Delgado Ordás**

## El anillo del tiempo

Era de madrugada. Carlos volvía a casa después de haber quedado con sus amigos, con los que pasó toda la velada. Aprovechó el momento para pasear por las estrechas calles de Fuengirola, cerca del paseo marítimo.

Al poco rato, comenzó a escuchar un extraño pitido que casi le ocasiona la pérdida del equilibrio, pero en seguida paró. Notó un insólito presentimiento, como si algo se estuviese acercando a él con pasos agigantados. Miró a su alrededor, pero no observó nada. Siguió su camino hasta su morada, un pequeño apartamento cerca del Ayuntamiento. Allí, esa sensación se hizo más fuerte; cuando, de repente, un extraño hombre encapuchado, que atravesó la avenida, se cruzó en su camino. En ese instante, Carlos sintió un escalofrío, como si se hubiese muerto por un momento.

Se quedó petrificado, pero cuando volvió en sí, aquel hombre ya había desaparecido. Decidió ir a buscarlo, necesitaba conocer a ese siniestro individuo como fuera. Llegó a un callejón oscuro, el cual iba a ignorar e intentar buscar por otro sitio. Pero vio algo que brillaba en el suelo. Era un anillo. Tenía luz propia, y eso era lo que más le atraía a Carlos. Sintió la necesidad incontrolable de ponérselo. Tras mucho rato meditando, se lo puso.

Todo se volvió borroso. Tal fue el aturdimiento de Carlos que se desmayó. Cuando se despertó estaba en su antigua casa, infancia con sus padres todo tal cual lo tenían. La impresión fue tan grande. Alguien estaba tumbado años. No se lo podía aquel niño, pero era presencia. Fue a la cocina intentos por hablar con Estaba muy frustrado.

Sus padres comenzaron instante. Tal fue la de ira, empujó a su provocando su muerte. hecho, su padre se tal estruendo, el joven cocina, donde vio a sus muertos. Carlos se dio cuenta de que estaba viendo algo que pasó hace mucho, pero no entendía porque le estaba ocurriendo aquello.

Todo volvió a estar borroso. Pero esta vez Carlos aguantó despierto. Cuando volvió la claridad se vio a él mismo, andando por las calles de Fuengirola a altas horas de la madrugada. Estaba viéndose a sí mismo hace un momento, pero seguía sin entender nada. Le veía normal, como si lo estuviera viviendo él mismo, pero algo era distinto. De repente, el Carlos del pasado cruzó un paso de peatones, por donde pasó un coche a mucha velocidad, arrojándolo.

Carlos se quedó boquiabierto. Acababa de morir pero él seguía estando ahí. Empezó a ponerse nervioso y dio vueltas sobre sí mismo, intentando comprender. Al final, notó una extraña presencia en su espalda. Era el hombre encapuchado. Por fin lo iba a conocer, y lo primero que hizo fue preguntarle qué estaba ocurriendo.

-¿No es lógico? Acabas de morir, ¿qué más necesitas saber? – le contestó.

-¿Quién eres tú? – le preguntó Carlos.

-Tu destino- le contestó mientras caminaba al final de la calle.

Es entonces cuando Carlos comprendió que debía seguirle a donde sea que quisiera llevarle.



donde vivió y pasó su hasta los diez años. Estaba Entró en su habitación y la que se quedó sin palabras. en su cama. Era él, con diez creer. Intentó hablar con como si no notase su y allí estaban sus padres. Sus ellos fueron inservibles.

a discutir en ese mismo bronca, que su padre, lleno madre contra la pared, Consciente de lo que había suicidó con un cuchillo. Ante Carlos bajó rápido a la padres tirados en el suelo,

## Nunca seré capaz de irme del todo



La luz de la ventana impactó contra mis ojos haciendo que los abriera poco a poco para adaptarme al cambio. Me levanté y caminé hacia la estantería, donde estaban colocadas todas mis muñecas. Comprobé que mamá había limpiado mis cosas. Solía hacerlo cada mes, más o menos. También me percaté de que faltaba mi CD favorito. Probablemente mi hermano lo hubiera cogido. En otras circunstancias le hubiera gritado y me hubiera enfadado con él, pero ahora mismo prefería abrazarle durante un rato, aunque no pudiera.

Salí de mi habitación y caminé hacia el salón, donde Dani estaba llorando abrazado a mamá. No sé qué le

había pasado, pero tampoco pregunté. Me limité a observar la escena desde el marco de la puerta. Al cabo de un rato, Dani se calmó. Mamá fue a la cocina y él se quedó viendo los dibujos animados en la televisión. Normalmente no la veía mucho, por lo que yo tampoco lo hacía. Era su hermana mayor, tenía que dar ejemplo, o eso era lo que solía decir mi madre. Yo no entendía por qué, la verdad. Cuando veía los dibujos se reía, y se notaba que se evadía de la realidad por un tiempo. Se le veía feliz. Me quedé viendo los dibujos con él, sin poder evitar reírme también, pero mi risa causaba algunas interferencias en la señal. Lo siento, Dani. Procuraré no reírme más.

Salí en dirección a la cocina, donde estaba mamá. Estaba llorando, pero yo sabía que no era porque estuviera cortando cebolla para preparar la cena. Se la veía un poco más triste que de costumbre, y papá no estaba aquí para ayudarla a ser un poco más feliz. Observé cómo cenaban, callados. Lo único que rompía el silencio era el sonido de los cubiertos chocando contra los platos. La comida tenía una pinta deliciosa, aunque fueran verduras. Incluso el brócoli parecía apetecible. En otro momento hubiera gritado como tantas veces: "¡Déjame! No tengo hambre..." y me hubiera ido a mi cuarto sin cenar. Me encantaría poder estar cenando con ellos, a lo mejor no estarían tan tristes.

Se fueron a dormir y me senté en la mecedora que solía usar la abuela, balanceándome hacia delante y hacia atrás. Un par de horas después, un ruido procedente de fuera de la habitación me hizo sobresaltarme. Me levanté de golpe y me escondí detrás de las cortinas, como si mi madre, la que acababa de entrar por la puerta, pudiera verme. La mecedora todavía se movía, y eso hizo que la cara de mi madre se pusiera más triste aún.

No me había fijado hasta entonces en que tenía unas grandes ojeras bajo sus ojos, de un color oscuro. Tenía ganas de llorar, pero no lo hizo. Se dio la vuelta despacio y salió de la sala, pero no para irse a su habitación. La seguí en silencio, como siempre, y me quedé detrás de ella cuando se paró enfrente de mi escritorio. Había encendido una vela al lado de una foto de una chica pelirroja, de unos quince años.

"Ha pasado un año ya..." la escuché susurrar y noté cómo sollozaba en silencio. La chica de la foto era yo. Hacía un año que un coche que no pudo frenar en un paso de peatones cercano al colegio había hecho que me quedara así, tal y como llevo estando desde entonces. Nunca estoy presente físicamente, pero mi madre y mi hermano pequeño saben perfectamente que nunca seré capaz de irme del todo de su lado, por mucho que pasen los años y yo siga pareciendo una simple adolescente de quince años.

**Paula Lorenzo**

## Pisando Mundo



Érase una vez la historia de un armario en el que había millones de zapatos, sandalias, zapatillas y tacones parecidos a los juguetes de Toy Story, hablaban, tenían su propia vida.

Todos los días cuando Laura, su dueña, despertaba, escogía un conjunto para la actividad que iba a realizar. Los zapatos a su vez en ese momento se revolucionaban, relucían, brillaban, intentaban llamar la atención de su propietaria para que los escogieran. Esa mañana, como si les tocara la lotería, los mocasines magenta y negros fueron escogidos.

-¿Dónde iremos hoy?- se preguntaban.

-Tal vez al parque - apuntaba Izquierdo.

-Tal vez a clase - contestaba Derecho.

Laura estaba un poco atareada, abría y cerraba maletas, llamaba por teléfono, pesaba el equipaje, cerraba el neceser..., era extraño, Laura siempre estaba muy tranquila, pero ese día andaba muy ajetreada. En ese momento entró su madre en la habitación.

-Laura, el coche te espera; si no bajas ahora, perderás el avión- advirtió su madre.

-Vale mamá, ya bajo.- contestó Laura.

-¡Oh! ¡Nos vamos de viaje! ¿A dónde?- exclamaron los mocasines.

-Tal vez Europa, tal vez Australia- imaginaba Derecho.

-Tal vez América, ¡sería maravilloso! - imaginaba Izquierdo.

En ese momento se tambalearon, Laura se calzó los zapatos y salió directa al coche. No sabían dónde iban, puesto que no veían nada, pero estaban emocionados. Nunca antes habían viajado en avión.

Laura salió del coche directa al aeropuerto a la zona de facturación, fueron descubriendo todo a su paso, el control policial, el mostrador de la embarcación... Se dirigieron por el túnel y por fin entraron en el larguísimo avión. Cuando estaba todo preparado, despegaron. Si Laura, que había viajado alguna vez, tuvo una sensación de emoción en el estómago, no os imagináis los zapatos: se alborotaron, se estremecieron y aterraron pero cuando aterrizaron, una felicidad y brillo en ellos apareció, estaban en otro lugar -¿cuál sería?, ¿dónde estarían?

Se encaminaron hacia la salida del aeropuerto, comenzaron a mirar carteles, pero no entendían nada, ¿cuál sería ese idioma tan raro?... tenía diéresis y letras muy raras e innombrables que no había visto hasta el momento nunca.

En ese instante Laura echó a correr y se abrazó a un amigo; fueron hacia el coche, iban hablando de sus vidas, mientras los zapatos seguían preguntándose dónde estaban.

Cuando Laura salió del coche pudieron ver la Torre Eiffel...

-¡Estamos en Francia! - exclamaron de modo acorde.

Y esa es la historia de cómo unos simples mocasines se emocionan viajando.

**Celia García Carro**

## El bosque encantado



Era verano de 2003. Una llamada telefónica cambió mi vida por completo. Mi padre y yo corrimos hacia el hospital, ya que mi hermana había nacido. Los años pasaban y a medida que transcurría el tiempo, pasaban cosas extrañas. Cuando mi hermana Paula cumplió cinco años, esa noche desapareció unas horas. Mis padres y yo intentábamos poner remedio a esto, pero siempre se acababa escapando una vez al mes. Una noche decidí seguirla y descubrí que se adentraba en el bosque de profunda maleza. De repente comenzó a correr como si un peligro amenazara su vida y corrí detrás de ella. Minutos después llegamos a un claro del bosque en el cual había un grupo de lobos aullando a la luz de la luna. Mi hermana, uniéndose

a ellos, comenzó a mutar convirtiéndose así en lobo. Mientras mis ojos observaban, mi cerebro no podía creer lo que estaba viendo, yo pensaba que estos sucesos sólo pasaban en las películas de ciencia-ficción, pero no...

Yo corrí despavorida por el miedo, las piernas me temblaban, las manos me sudaban y no sabía exactamente hacia dónde iba. De repente me ví, en mitad del bosque y más perdida que nunca. Me sentía triste, confusa... Mi hermana era una mujer lobo y mientras pensaba, empecé a caminar. Unos metros después encontré una caseta. Parecía deshabitada, así que entré. Para mi sorpresa, Paula estaba dentro, dormía plácidamente en una cama. En ese momento no sabía qué hacer, pero la desperté. Necesitaba hablar con ella sobre lo que había ocurrido.

Me explicó que no sabía por qué razón, algo dentro de ella le decía que fuera al bosque cada mes y que cuando estaba allí comenzaba a sentir que no era ella. El clan de los lobos con los que se juntaba también eran niños y niñas de su misma edad y nacidos el mes de agosto, así que al día siguiente nos dispusimos a ir al hospital para investigar lo que había pasado. Llegamos a la recepción del hospital. Una señora rechoncha de rasgos sencillos y coquetos nos atendió con mucha amabilidad diciéndonos que fuéramos a hablar con el encargado, el cual, se encontraba unas plantas más arriba. Juan, que así se llamaba aquel hombre, nos contó la historia de aquel año; un doctor llamado Ramón había trabajado durante un mes en la planta de maternidad, mientras que trabajaba en un experimento referido a los lobos utilizando así el mismo material para los animales y para las mujeres. Un síndrome jamás visto antes estaba en el cuerpo de aquellos niños recién nacidos.

Volvimos a casa y decidimos contárselo a nuestros padres. No podían creer lo que les estábamos contando, pero al final lo asumieron.

*Andrea Villafañe*

## Como si volara



David era un niño que iba a clase conmigo al colegio. Tenía la piel oscura, los ojos acaramelados y las orejas inmensamente grandes en comparación con el resto de su cuerpo. Al cabo del tiempo, fuimos observando que no le gustaban las mismas cosas que a todos. Se sentaba solo en los recreos, cosa que me animó a hablar con él, ya que la curiosidad siempre ha sido el impulso de muchos de mis actos. Me senté a su lado en el suelo pedregoso del patio de recreo y le pregunte de donde era. Él se mantuvo en silencio

unos segundos, como pensando que responder. Finalmente, comenzó a describirme un lugar que parecía sacado de un verdadero sueño. Me habló de un lugar lleno de playas y palmeras gigantes, los

animales de aquel misterioso paraíso solo podían ser inventados, plumas de colores vivos y picos de diferentes formas y tamaños. En las playas de aguas cristalinas, habitaban todo tipo de animales acuáticos como rayas, peces payasos, linterna, espada... tortugas y algún que otro tiburón. Sonó el timbre que indicaba el final del recreo y los dos volvimos a clase. Mientras los días pasaban David me dijo que tenía que contarme un secreto. Yo le escuché atentamente y poco a poco y con miedo dijo: "puedo volar". Yo me quedé sin palabras, me esperaba cualquier otra cosa menos eso. Estuve varios días sin saber que decirle y como abordar aquello, hasta que nuestra relación volvió a la normalidad, como si yo no supiera nada.

Tiempo después, en la clase de gimnasia, tuvimos pruebas relacionadas con el atletismo, entre ellas salto de longitud. A todos nos costaba mucho, excepto a David, que parecía estar más contento que nunca. Saltaba casi sin esfuerzo y se mantenía un tiempo prolongado en el aire, como si volara. Al terminar la clase hablé con él y le pregunté sobre sus futuros planes, sugiriéndole que el atletismo no era una mala opción. Él se negaba diciendo que no era para tanto y en cualquier competición haría el ridículo. Yo le insistía mucho, porque me parecía que solo necesitaba un empujón ya que le veía realmente feliz en las clases de gimnasia. David terminó enfadándose conmigo y perdimos relación hasta el punto de no hablar ni una sola palabra.

Era por la noche y yo estaba acostada en mi cama, cuando escuché un leve aleteo. Me asomé y en la repisa de mi ventana encontré una carta con la letra de David. Decía que volvía a su lugar de origen, que había sido un placer conocerme. Al día siguiente David no estaba en clase y no volví a verle nunca más. A día de hoy todavía tengo dudas de si sería verdad o no su secreto.

Sofía Llamera López

## El crimen perfecto



Se sentó para no volverse a levantar.

La chica se sentó para no volverse a levantar, en aquel humilde banco callejero de la ciudad, muy cerca del lugar donde había tenido lugar el asesinato: la Galería Nacional de Arte. Le había parecido que aquellas esculturas figurativas y abstractas desde su creación, habían desarrollado alguna capacidad de observar el crimen ocurrido, y de haber transmitido aquella tristeza a todas las obras maestras de aquel museo poco visitado. Las curvas estrambóticas y otras raras formas que se escapan

del lenguaje geométrico actual, se parecían inclinar unos milímetros para observar el terrible suceso. Los cimientos del edificio parecían querer darle sepultura digna al cuerpo. La chica del banco quería volar, escapar de aquella imagen atroz, pero recuerda de repente que se sentó para no volverse a levantar.

La policía intentaba levantarla del banco de la gran avenida, pero ella quedaba aterrada y encogida. La sorpresa policial surgió cuando el cuerpo civil descubrió que el supuesto cadáver no era más que un matorral de flores silvestres, que parecían adecuarse al color de las estatuas y cuadros. Pasaron horas y horas, y la policía no parecía salir del edificio. La chica tampoco parecía querer levantarse del banco. Parecía que aquel veneno embriagador de un humilde ramo de flores marchitado y machacado los había hechizado, hasta tal punto, que aquellas estatuas parecían tener más movilidad que los allí presentes.

Nadie se movía, el ciclo termina, el tiempo se detiene, todo se paraliza, como si flotara en un espacio-tiempo paralelo al tiempo real. Y pasó el tiempo. El mundo parecía haberse olvidado de ellos. El museo parecía no existir. Nadie entraba. Nadie sabía lo que pasaba.

Y la chica seguía allí sentada, observando, como si el único tiempo que existiera no le hiciera efecto, como aquel arte del museo, como la naturaleza, de la que ellos formaban parte.

**Ricardo Macho Valderrey**

## La misteriosa mujer



Era una noche clara, brillante. Se encontraba acompañada de una fina niebla, heladora, que calaba hasta los huesos. En aquel cementerio las criptas y tumbas aparecían y desaparecían como en una visión confusa, tras las figuras angostas vestidas de negro que no querían parar su actividad desenfrenada. Todas ellas se retorcían entre gritos y carcajadas tenebrosas.

La escena era tan horrenda, que parecía sacada de la peor pesadilla, junto a la gran luna llena que sobresalía entre los altos cipreses ondeantes. Los cientos de cuerpos que se encontraban abandonados por el suelo daban una sensación

de hedor que hacía repugnarles, aunque no se sabía bien por qué. También se sentía terror.

Junto a una de las muchas tumbas, una anciana se encontraba arrodillada. Tenía la piel caída y el cabello canoso. Estaba rascando el suelo con sus uñas quebradizas, hasta que entraron en contacto con la madera podrida de un ataúd enterrado hacía ya un tiempo. Con un pisadón de su bota izquierda, rompió la tapa junto a un gran chasquido. Introdujo su mano en el interior sin ningún pudor, a pesar del olor nauseabundo que desprendería aquello, y tomó un puñado de huesos medio deshechos.

Lo que posteriormente realizó no sé cómo describirlo, ya que me encontraba sola detrás de una columna temblando de pavor. Aquella mujer sacó de un pequeño saco que llevaba, un cuerpo inerte que, junto al amasijo de huesos, comenzó a quemarlos sin dudar dos veces. Cuando vi la escena, no supe cómo reaccionar, si salir corriendo o quedarme allí. Opté por la segunda opción porque la curiosidad pudo conmigo.

Al terminar de arder aquello, la anciana tomó las cenizas y las depositó en un bote donde había un extraño contenido líquido. Lo mezcló todo ayudándose con una varilla y se lo acabó bebiendo. Aquel acto me produjo tal repulsión, que el estómago me dio un vuelco.

Después de esto, aquella señora comenzó a andar, con pasos torpes y se fue desvaneciendo en una nube de polvo grisáceo. Fue entonces cuando quedé perpleja y no entendí nada de lo que acababan de presenciar mis ojos. Me encontraba en aquel lugar en el momento menos indicado y todavía actualmente sigo sin entender bien todo lo sucedido.

**Belén Cosgaya**

## La noticia



7:00 am. Comienza un nuevo día en la oficina de correos. Allí cientos de cartas esperan para ser entregadas. Cada carta es solo un trozo de papel, un poco de tinta, una parte de quien la escribe y una parte de quien sin esperar recibirla, la leerá.

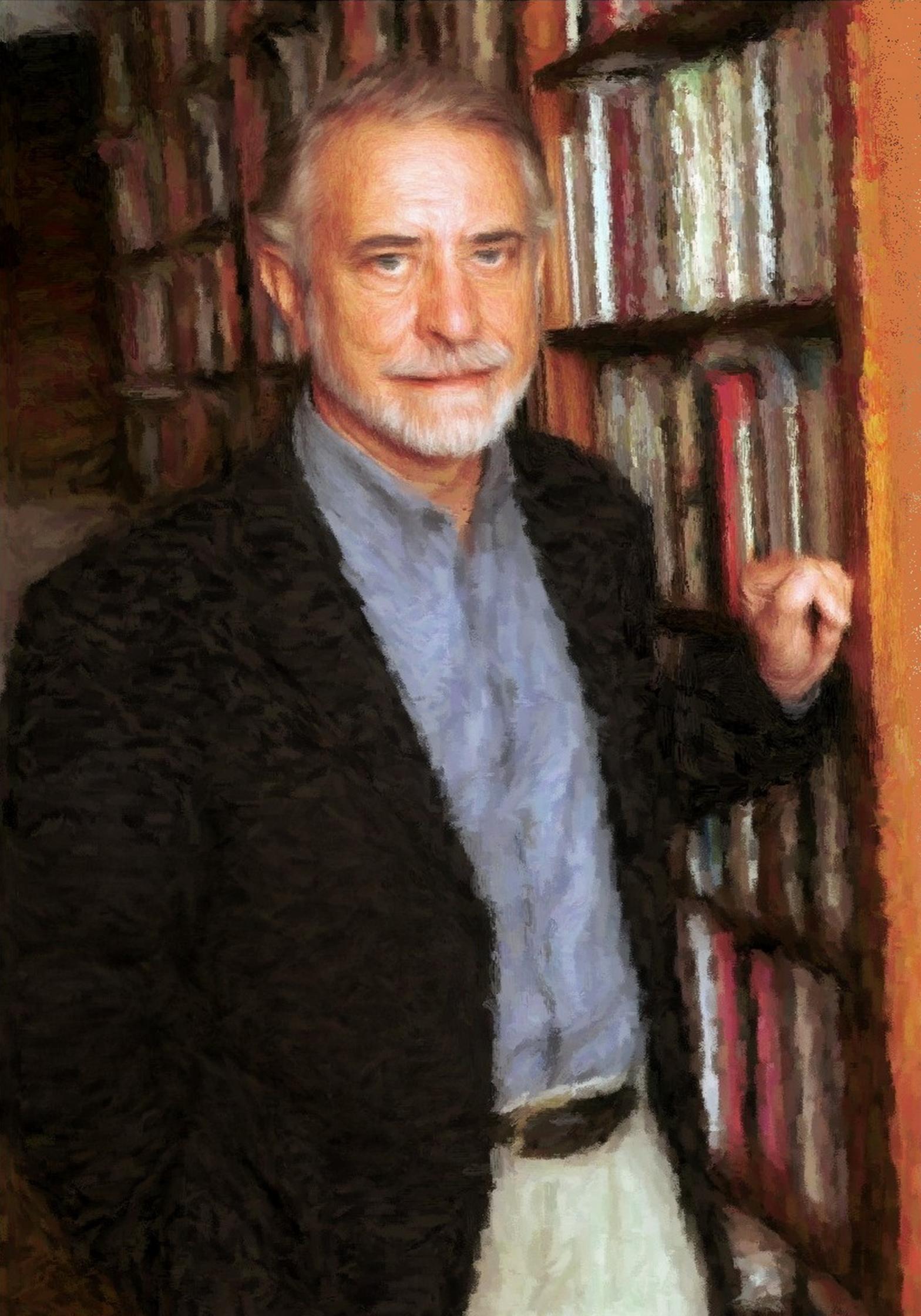
Entre un par de multas de tráfico, alguna que otra felicitación navideña y decenas de notificaciones del banco, hay un pequeño sobre. Cuadrado y marrón, lleva días viajando a la espera de llegar a su destino gracias a la ayuda de ese guardián de secretos que casi todos llaman cartero.

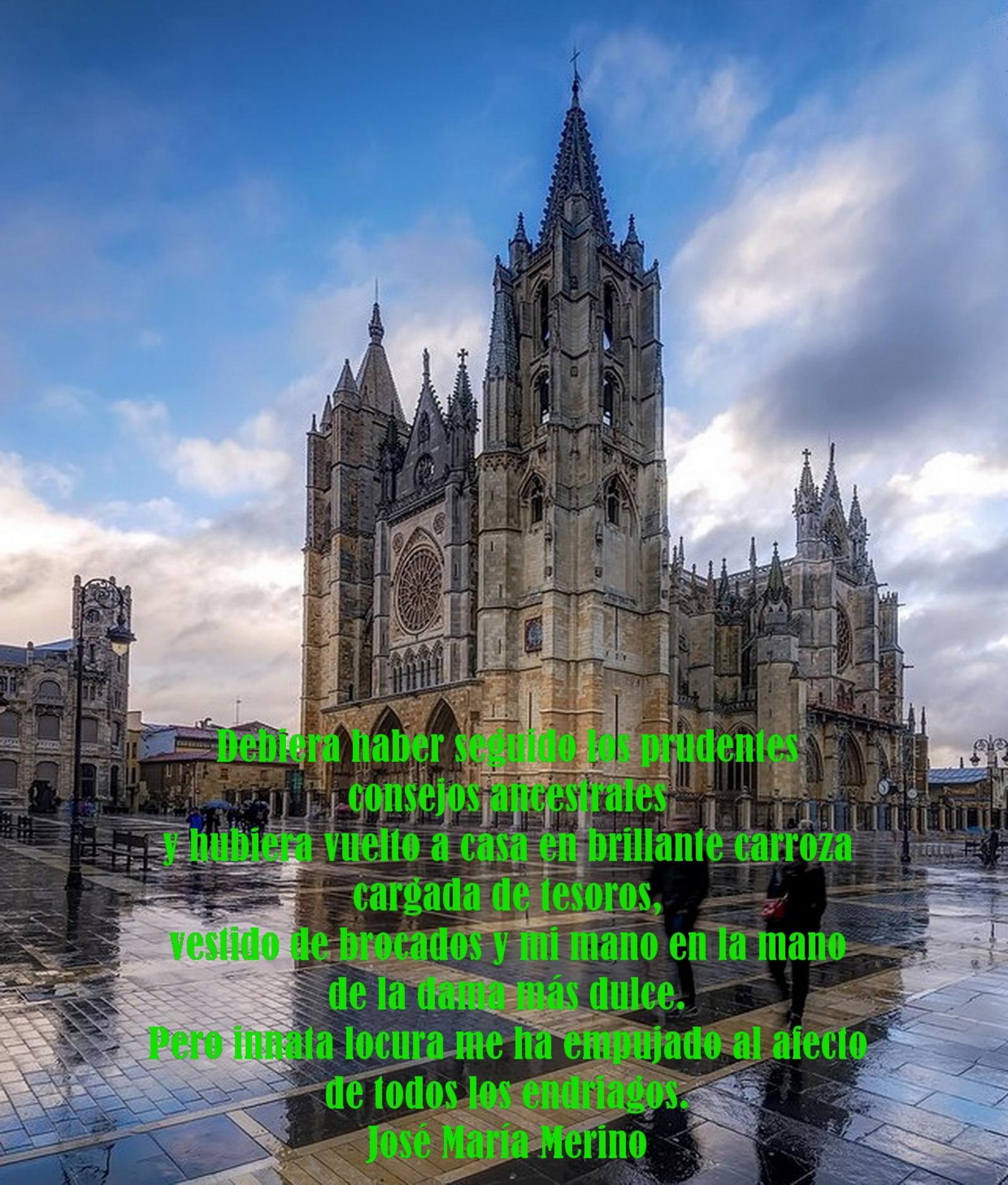
Dicen que una imagen vale más de mil palabras. Yo no voy a negarlo, pero puede que ella sí lo hiciera.

–Estimada Susane...– Así comenzó todo. –Hemos encontrado la clave...– Al leer aquello se sintió agitada. Llevaba puesta la bata rosa mientras su cabeza ya estaba imaginando cada detalle del plan que debía trazar. Ese pequeño trozo marrón de tinta y papel había cambiado en un solo instante todo lo que hasta el momento creía cierto. Ya no se sentía segura dentro de casa.

Amontonados en una bolsa de viaje se apilaban todos sus recuerdos y pertenencias, su esencia, entre los que ya reposaba esa carta. Precipitadamente bajó las escaleras del apartamento y atraída como por un imán avanzaba decidida por las bulliciosas calles. Sus pies se pararon en seco frente a un callejón perpendicular a la calle tercera. El hechicero la esperaba.

**Marina Ballesteros Álvarez**





**Debiera haber seguido los prudentes  
consejos ancestrales  
y hubiera vuelto a casa en brillante carroza  
cargada de tesoros,  
vestido de brocados y mi mano en la mano  
de la dama más dulce.  
Pero innata locura me ha empujado al afecto  
de todos los endriagos.  
José María Merino**